

MEMORIA, SILENCIO Y SALUD
UNIVERSITAT PROGRESSISTA D' ESTUDIU DE CATALUNYA (UPEC)
Barcelona, Julio de 2006.

REPRESIÓN, SILENCIO Y CONSECUENCIAS PSÍQUICAS.

Marcelo N. Viñar
Junio de 2006.-

A mediados del siglo pasado, yo era poco más que un chaval quinceañero, que dejó su pueblo natal para ingresar a la Universidad, (o por decirlo en términos menos formales y más de memoria encarnada), para ir a la gran ciudad, a la capital, a descubrir el mundo. Era la década del 50 al 60 y el impacto de la guerra, la mundial y la española, atravesaban, en América Latina, el tejido social. Acaparaban la prensa, el discurso político y sindical, el discurso académico universitario y el de café. Leíamos con devoción a Don Antonio Machado, a Unamuno, a otros poetas de la generación del 98. Fue en Montevideo, en 1943 que se imprimió la primer edición de “Las coplas de Juan Panadero” de Rafael Alberti, y allí fundó la escuela de teatro Margarita Xirgu que llegó a nosotros luego del crimen de Federico García Lorca.

En el crisol de esa trama cultural nos volvimos adultos pensantes. Hoy, medio siglo después, tenemos la dicha y el honor de saldar esta deuda de gratitud, con lo que la República Española marcó en nuestra sensibilidad política.

Por la noche, muchas noches, íbamos al Centro Asturiano que reunía miembros de todas las regiones del exilio español más reciente. Sus diferencias de idioma, dialecto y otros perfiles, los distinguía. Lo que los unificaba y nos atrapaba era su pasión por contar las experiencias de la guerra. Reiterar -noche tras noche-, a cada joven que se acercara, el dolor y la emoción de la experiencia vivida, donde se articulaba fluidamente lo personal y lo colectivo. El amor a la libertad, el odio a la tiranía falangista. La memoria de la guerra marcaba a fuego la mente de cada uno de estos hombres. Cumplían así el deber de la Memoria Sagrada, que el viejo testamento llama la Halakhah, para distinguirla de la memoria corriente, la Mnemne y de la memoria Académica, la Anamnesis. La memoria proscrita de la España Republicana en la Madre Patria, se hacía relato infinito en el mundo hispano de ultramar.

La Memoria sagrada, la de la transmisión de valores, creencias y leyendas es uno de los oficios más viejos de la humanidad y un rasgo distintivo de la especie humana, en su condición de seres hablantes. Jean Pierre Clastres y otros antropólogos que han vivido largo tiempo con tribus primitivas, pueblos ágrafos de la América pre-hispánica, descubrieron la figura constante del Gran Hablador, del chaman, que en tribus dispersas en las selvas amazónicas o del Orinoco, tribus dispersas de economía subsistencial precaria, generaban sujetos que eran dispensados del quehacer subsistencial del Homo Faber para crear otro oficio, otra tarea. Para recorrer –clan por clan– y narrar en largos rituales las cosmogonías que les explicaban quienes eran, de donde venían, para que estaban en el mundo. Invención del Homo Sacer (el hombre sagrado) que no necesita llegar al momento más evolucionado de las grandes religiones monoteístas, ni del progreso cultural de la invención de la escritura, para plantear, en simultaneidad, el “quienes somos”, en paralelo con las exigencias de la subsistencia material. Politeísmo y monoteísmo, necesitan de una leyenda del origen y de la pertenencia para poder inscribir allí, la historia de su residencia en la tierra. Rasgo universal y constante, que luego se especifica en la diversidad, única y singular, de cada cultura.

¿De dónde surge y cómo se sostiene esta pasión, este empeñamiento por transmitir? La enseñanza y la tradición, traducción de la Torah, es decir, del núcleo de la tradición judeo-cristiana. Rodríguez es hijo de Rodrigo, Domínguez de Domingo, y esto en cada idioma. El sí mismo se nomina simultáneamente por un nombre propio, nombre de pila, y otro de familia, lo que ata la identidad al linaje, la identidad propia al linaje y a la pertenencia. Hidalgo es “hijo de algo”, no de la chusma anónima, sin ancestros ni descendientes. En esto parece residir un umbral diferencial entre “humanidad” y “animalidad”. Conciencia de la finitud y de lo inenarrable de la muerte, que necesitamos superar en la sucesión de generaciones.

Se necesitan al menos tres generaciones para humanizar a un ser humano. Su inscripción en una genealogía es una condición de lo que llamamos su identidad, y si bien durante largo tiempo delegábamos esto a una explicación biológica o genética, lo que en verdad importa es que los abuelos son un tesoro de significantes, un amanecer reiterado de verdades y ficciones, una perpetua reiteración de retorno a los comienzos.

Todo esto es tan obvio y tan intenso que Marx reaccionaba diciendo que el cerebro de los muertos oprime el cerebro de los vivos y Nietzsche sostuvo que todos sufrimos de una fiebre histórica, devoradora, que debemos reconocer que la padecemos y debemos poder olvidar adrede, del mismo modo que aprendimos a recordar adrede. También Hanna Arendt hace hincapié en el peso de la religión, la tradición y la autoridad, peso que puede ser plataforma de apoyo u obstáculo, para pensar el presente y proyectar el porvenir. ¿Cuál es, entonces, la frontera entre memoria y olvido? ¿En qué medida historia y tradición son un tesoro o una plataforma de lanzamiento y cuándo son un lastre o un obstáculo?

*Si las preguntas sin respuesta son, como dice M. Blanchot, las que estimulan a pensar, la que Uds. eligen para este coloquio, es una pregunta decisiva. Una ecuación sin resolución fija y preconcebida. Pero la palabra **adrede**, que menciona Nietzsche, es una palabra clave. Adrede, para recordar y adrede para olvidar, señala una disposición o una libertad interior para hacerlo, que contrasta radicalmente con la memoria y el olvido impuestos por un poder autoritario, un poder político, ilegítimo y arbitrario. No es lo mismo la vocación de recordar u olvidar en los relieves y avatares infinitos de la vida, que la prescripción o imposición de olvidar, venga de quien venga, tirano encarnado o abstracto, por un ideal religioso, político o étnico. El único amo, amo absoluto e indomable para recordar y para olvidar es el inconsciente, esa región de nosotros mismos que decide, sin consultarnos, a veces contra nuestra voluntad consciente, el ir en determinada dirección del re-cuerdo o del olvido.*

En aquel tiempo de juventud, tiempo de adquisición de nuestro ideario político, de construcción de nuestra ética y nuestras convicciones y programas, la república española y su derrota fue eje de referencia y brújula, que con sus aciertos y sus excesos y errores, de lo que fue la frustra segunda emancipación latinoamericana de los años 60 y 70.

En la víspera de nuestro exilio (en diciembre del 1975), asistimos a una paella para cien personas en un sartén que medía metro y medio de diámetro, allí vimos como un cuarteto de españoles de pura cepa, dos ocupándose del fondo, otro del fuego y otro del arroz, cocinaban con devoción, la comida sagrada que consagraría el fin del tiempo del tiránico caudillo y la transición al tiempo político que ahora ustedes viven. Esa paella tuvo la solemnidad de una misa pagana, que me convenció que siempre hay ... un después del exilio. Franco murió el 20/XII/75, nosotros iniciamos el exilio en febrero del '76.

Represión, Silencio, Trauma y Consecuencias Psíquicas.-

La memoria del horror no es memoria. El espanto de la guerra, no produce experiencia sino silencio. Los soldados de Verdún volvían mudos, no traían experiencia compartible, así nos lo enseñó W. Benjamin.

Pero la memoria de los pueblos y las gentes es un proceso incoercible. Para la especie humana, especie hablante, donde el lenguaje es tan vital como respirar o beber. Y esto se comprueba en la historia, tanto más, cuando evocar y recordar son prohibidos y transformados en un acto delictivo, lo que los convierte en un acto sagrado de resistencia y dignidad.

En mi país – cuarenta años después de la guerra española – una república que se desmoronaba fue reemplazada por una dictadura militar. Si queremos caracterizarla en una frase, yo lo haría diciendo que junto a su violencia totalitaria, pretendía asignarse a sí misma una legitimidad jurídico-político, creando la impostura de leyes por decreto. Cierre del parlamento, abolición de los partidos políticos y sindicatos, clausura e intervención de la Universidad. Actas institucionales, les llamaban impunemente, con pompa y solemnidad militar, que legitimaban con la prisión arbitraria, la tortura sistemática y su expresión máxima y definitiva, la desaparición de personas.

*Con pequeños matices nacionales, este orden de barbarie, se extendió en dominó en todo el continente, Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, Perú, etc., orquestado por el Comando Sur de las Fuerzas armadas norteamericanas, que entrenaban en su academia del Canal de Panamá las escuelas de torturadores, que tomaron el nombre también pomposo de “Expertos en la lucha antisubversiva”, porque siempre hay un nombre docto y un discurso ideológico, que organiza y dirige la acción de la barbarie y el crimen colectivo. Este telegrama de Temas Políticos, por todos sabido, para introducir el tema que nos concierne: **Consecuencias Psíquicas.***

Van tres décadas para nosotros, siete para ustedes, setenta años y seguimos hablando y denunciando ...

¿Seremos acaso iluminados o paranoicos furiosos ... o una de las batallas cruciales del inicio del tercer milenio, es que esta denuncia sea un germen o una vacuna preventiva a la barbarie futura? Pues como argumenta lúcidamente Z. Bauman en “Holocausto y Modernidad”, están dadas en el mundo actual las condiciones de reproducción del horror fascista.

Es más fácil cometer un crimen que borrar sus huellas, decía Freud. La historia de la humanidad está plagada de crímenes execrables. Lo novedoso de la segunda mitad del siglo XX es la creación de un vigoroso movimiento de opinión pública que sustrae del silencio y del anonimato, los crímenes de lesa humanidad.

En la confluencia de A) un hecho tecnológico – la posibilidad de la mundialización instantánea de la información – y B) de un proceso en la conciencia cívica y ciudadana que va desde la Declaración Universal de los Derechos del Hombre hasta la Convención Internacional contra la Tortura, desde Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) hasta Amnesty Internacional, la eficaz clandestinidad silenciosa de tiranías criminales comienza a ser combatida con vigor. La batalla dista de estar ganada pero está en curso.

Pero esta es una reunión académica, no sólo militante y vamos a concluir argumentando como la prisión arbitraria, la tortura sistemática, la desaparición de personas y el genocidio, no sólo afectan a las víctimas directas del crimen, sino que enferman y dañan a la sociedad entera que las padece, y esto, durante generaciones.

Durante el terror, el vivir en estado de amenaza, de ser víctima potencial del estado totalitario, contamina pandémicamente un vasto sector de la sociedad. Ese estado de amenaza virtual, es muchas veces tan patógeno para el psiquismo como la misma agresión directa. Y es un requisito del poder tiránico de imponerse por la amenaza, apuntando a sofocar la resistencia mediante la parálisis social ya que no dispone de ningún otro recurso de legitimación.

En la etapa siguiente, post dictatorial, se da una enconada y crispada confrontación entre los traficantes del olvido y los militantes de la memoria. Los primeros argumentan la necesidad de olvidar las ofensas y de construir el futuro, de fundar la reconciliación sin tramitar los conflictos. De promover “borrón y cuenta nueva”.

Se puede polemizar sobre la buena fe y honestidad de los partidarios de la amnesia. Invocan el Mnesikakein (vieja consigna del siglo de Pericles: Prohibido evocar las desgracias). Se puede dudar de su buena fe y decir que son una cobertura de impunidad de los que asesinaron en nombre del régimen. Las leyes de amnistía y punto final apuntan en esa dirección y en nombre de la Teoría de los dos demonios, igualan la violencia subversiva con el terrorismo de estado – lo que ya es discutible – e igualan a los revolucionarios, que si son amnistiados, es luego de inicua tortura y dura prisión, con la indulgencia anticipada a crueles torturadores, que nunca padecieron castigo, ni siquiera indagatoria.

Todo esto es conocido y concierne a la esfera pública y la justicia. Pero lo que me parece esencial son argumentos de orden teórico y conciernen al valor sagrado de la memoria colectiva. Me explico, porque esto no es retórica. Cuando una sociedad niega el crimen, que todos conocen, cuando el horror se sabe pero no se admite, el mensaje edulcorado de inocencia y de buenaventura para el porvenir resulta (en la transmisión entre las generaciones) un efecto de impostura y de mentira. No hay un agujero de la memoria. No hay dar vuelta la página y encontrarla en blanco para inscribir un porvenir radiante. Hay la transmisión activa de la negación o trivialización del crimen horroroso, que todos conocen y del que nadie habla.

Esta clandestinización de una memoria veraz no es inocua para el psiquismo. No se trata de dar una lección de psicopatología de los efectos dañinos de acallar crímenes y actos aberrantes. A nadie se le escapa (y la experiencia de la clínica psicoanalítica lo investiga en la intimidad y lo prueba cada día) que la transmisión de la impostura y la mentira tiene efectos destructivos en la mente y en el lazo social, es decir en la trama endopsíquica y transpersonal de la organización subjetiva y la construcción identitaria.

Es una cuenta pendiente en la investigación en ciencias humanas (historia, politología, análisis del discurso, psicología social, psicoanálisis), el profundizar en la comprensión de las relaciones entre subjetividad y ciudadanía. En todo caso, el tirano, como figura de un Gran Otro que se interioriza, hace cohesión con el juramento o mandato de silencio que sofoca la rebelión al horror por el crimen cometido. Las situaciones extremas de la tiranía pueden ilustrar una relación siempre operante entre la mente y la coerción que siempre impone un orden social.

Las Memorias del crimen Político.-

Los que no pueden olvidar quedan muchas veces anclados en los rencores del pasado, en un terror o una melancolía que los ancló para siempre en el espanto del crimen. Y reproducen una memoria monumentalista, estereotipada y escatológica.

Hay otra corriente, de vida, de rescate de la memoria del futuro, ávida de la construcción del provenir, que lucha por el establecimiento de la verdad de los hechos.

Por lo tanto, la diversidad de posturas ante la búsqueda de la verdad que se pretende neutra, ecuménica y respetuosa de la diversidad humana, no tiene nada de neutral. Una política de la memoria no es un acto de voluntad política que se decida por adhesiones y mayorías. Sin mucho exagerar es como si se quisiera someter a debate y voto el hecho de derecho a alimentarse o respirar. Tal vez de modo menos perentorio, pero no menos sustantivo, la necesidad de recordar, de construir pasados y futuros es tan imprescindible para el ser humano como beber y respirar.

Identidad, Memoria y Construcción Identitaria.

Memoria histórica. Este campo de interrogación es tan rico y complejo que uno tiene la impresión, al abordarlo que cuanto más se lo estudia, menos se lo sabe. Como le gusta decir con humor e ironía a mi amigo Roustang: “Hay temas en la vida (como la muerte, el dinero, el sexo y el amor) donde existen todas las soluciones que cada quien adopta. Existen todas, menos la buena. Aunque las haya mejores o peores...”

Yo incluiría en esta lista de temas sin solución óptima, el tema que nos ocupa hoy: la memoria colectiva y su destino en nuestra vida personal y comunitaria. Con ello podría definirse una arista crucial de nuestra existencia: familias en la historia, historias de familia, como le gusta decir mi mujer, Maren.

¿Cuál es la buena memoria, cuál es su justa medida? ¿Cuándo el destino humano se teje – acaso no siempre – en un tejido de gratitudes y rencores, que vienen de la noche de los tiempos?

Venimos al mundo, -precarios, indefensos e inmaduros- no sabemos movernos ni siquiera mirar. Sólo sabemos oír, oler y amamantarnos y ya desde entonces nuestra condición carnal y sensible está inmersa, sumergida, en un baño sonoro – ese órgano maravilloso que es la lengua y el habla que con ella construimos, que no solo sirve para repertoriar los objetos del mundo, sino para articular melodías y leyendas, paisajes de olores y colores, que tarde o temprano – pero mucho tiempo después – se concretará y se condensará en algo tan obvio y tan cierto que ni siquiera necesitamos interrogar. Algo tan obvio como decir soy uruguayo, o soy catalán o francés, o vietnamita, tan obvio que no parece necesario aclarar ni dar cuenta del largo recorrido que culmina en ese reconocimiento del ser a su querencia, a su lengua, a su cultura, a su historia. Es con este fundamento que decimos que se necesitan tres generaciones para construir la humanidad de un ser humano, una genealogía simbólica, tanto o más importante que la genética.

Es en este delicado bordado de la construcción identitaria, de la internalización de valores culturales – éticos y estéticos – en su especificidad singular, en ese largo y sutil proceso que se inscribe el traumatismo histórico y la memoria del horror, de la guerra, la tortura, del campo de concentración, las desapariciones de personas.

Es más fácil cometer un crimen que borrar sus huellas. No vamos a repetir las iniquidades de la guerra que todos conocemos. No vamos a convocar alucinatoriamente la estridencia del espanto. Muchos lo hacen, hay una memoria exaltada, monumentalista o fetichista, que queda anclada en ese punto histórico de máximo dolor, que queda allí paralizada, en la venganza y el rencor o en el quejido de la melancolía. Yo pienso que esta es una memoria dañina, casi tan nociva como el silencio o el olvido, que tiraniza a los vivos al culto eterno de los muertos y puede opacar el presente y el futuro.

Nos colocamos en otra perspectiva que es lo que Freud llama Resignificación o Nachträglichkeit, que es el de la inscripción del dolor, en la historia personal y colectiva. (Entiendo la reunión de hoy como un gesto en esa dirección) El propio espanto – y el horror del asesino a su propio crimen - (recuerden el poema de Don Antonio Machado, dirigiéndose al caudillo “... y que colgado en el pino mas alto de España: el horror de su crimen lo redima”); el espanto decíamos, no produce experiencia, sino silencio.

En los primeros tiempos subsiguientes al desastre, sobreviene un estado mental de marasmo o de parálisis. Los griegos lo llamaron Mnesikedkein, decreto y juramento, es decir mandato público e íntimo que prohibía invocar las desgracias. Este modelo, que la helenista Nicole Loraux rescata del siglo V antes de Cristo, se reitera con obstinada regularidad en condiciones históricas muy diversas. Un tiempo, quizás una o dos décadas, donde el recordar padece una tácita o explícita prohibición o repulsión y los pocos locos que no obedecen el mandato de silencio somos estigmatizados o condenados como tales. Evocar e invocar el horror es cosa de locos. Sin embargo gradualmente, este fenómeno de silencio y prohibición padece una usura interior y subterránea, y el silencio se transforma primero en un murmullo y luego en un grito donde el imperativo es recordar.

Lo que diremos para concluir no puede ser demostrado experimentalmente con el rigor de la ciencia, pero tampoco es el panfleto exaltado de una fiebre revolucionaria, perimida desde el siglo XX e inútil para el actual.

La elaboración de las marcas del oprobio de la ofensa a los ancestros, constituye un rasgo esencial en la construcción identitaria, en los sentimientos de lealtad y de pertenencia a lo propio, que los griegos llamaban OIKÉION. La pretensión de sofocarlo con la implantación por decreto de políticas de olvido (con el nombre de amnistía, leyes de punto final) tienen efectos paradójales y contradictorios produciendo consecuencias opuestas a las que se propone: generan resentimiento y división, y no un sentimiento de amor y lealtad a la tierra donde hemos nacido.

Solo el aletear de memorias múltiples y contradictorias, el libre ejercicio del recuerdo y la catarsis, como en la tragedia griega, permite reanudar el movimiento metafórico-metonímico que es inherente a la vida personal y comunitaria.

Una cosa es la controversia humana de decadencia o de inflación de la conciencia del pasado, de la herencia cultural, otra es la violación brutal de prohibir las memorias, o la deliberada omisión y/o deformación de fuentes y archivos y la fabricación de pasados recompuestos al servicio de los intereses del poder.

La Memoria de los Pueblos.-

Una política de la Memoria, no se produce a sí misma, no se inventa. Es una problemática derivada, consiguiente a ciertas características de funcionamiento de la mente humana. Hay un saber del sujeto sobre la finitud de su vida, sobre lo inenarrable de la muerte, sobre lo desconocido del origen y el desasosiego identitario que de allí resulta, factores que empujan y convergen a sostener el acto de transmisión entre generaciones: El ser humano está compelido a transmitir y maestro es aquel que deja una huella, una marca.

El proceso puede ser explícito, como el relato que resulta de las articulaciones narrativas de la experiencia, de lo acontecido o de lo ficcional, del sendero biográfico de la persona o del grupo, o de las leyendas tejidas por fragmentos de recuerdos y cargadas de afectos, que resultan en

novelas de familia y familias en la historia. Tema de historiadores y/o literatos, cuando se trata de creación y/o de psicoanalistas, cuando se trata de conflictos o malestares.

Esa explicitación es la parte visible, manifiesta, de un trabajo interior, más extenso, más intenso, más laberíntico – que en los filósofos y los poetas se hace oficio, pero que en el total de los humanos, ilustrados o iletrados, navega a menudo por las galerías interiores, con más preguntas que respuestas, ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿para qué estoy? o las mismas preguntas en primera persona del plural.

Que esta indagatoria, infinita, perpetua e inacabable exista, dan prueba, la existencia de las mitologías, y las religiones, como empeño de dar respuestas sistemáticas a preguntas de difícil solución. Son empeños para dar trámite y estar menos solo ante el enigma subjetivo.

Reitero: el hombre es hidalgo – hijo de algo – y su condición de heredero es a veces materia de la psicopatología o del quehacer judicial, pero su condición de tal – hijo de algo – es un nudo insoslayable de su red identitaria. Por eso decimos que se necesitan por lo menos tres generaciones para la inscripción simbólica de una condición humana. Como dice Laurence Cornu, nadie queda preso de su origen, pero nadie logra huir totalmente del mismo (“Path dependence” – dependencia del sendero transitado) Nacimos de un anhelo y de una tradición. Pero nacimos para innovar, para comenzar algo nuevo con el poder de las palabras, el poder de persuadirnos mutuamente. Entre innovar y continuar navegamos entre tradición y ruptura, entre tradición e innovación. Entre un amor que nos ancla a la herencia y otro donde prevalece la alteridad, la perentoriedad de una promesa de novedad.

Luego viene el trabajo de las diferencias. Es un trabajo del reconocimiento del otro, en lo que tiene de diferente, de alter y de lucha con el Totalitarismo del Uno y poder abordar y tener una relación a lo ausente, superando el inmediatez, discernir las desigualdades que son justas y por lo tanto a cultivar, y las que son criminales y por consecuencia a combatir.

En este fino bordado de la transmisión entre generaciones, irrumpe el horror y el odio de la guerra, rompiendo su fino entramado. ¿Cómo se transmite ese desgarró?

En una intuición sagaz, Walter Benjamín establece que “los soldados volvían mudos de las trincheras de Verdun”. No volvían enriquecidos de una experiencia compartible y comunicable, sino mudos.

El horror del campo de batalla crea un espanto tan inaccesible, que se hizo necesario trasvertirlo en un fetiche de glorias y heroísmos, para crear la impostura de una transmisión entre generaciones y convertir las glorias patrióticas en exaltación del sentimiento nacional. Esa patraña sigue intoxicando las relaciones entre los pueblos, y crea una hipnosis colectiva que no sabemos combatir, arruinando la convivencia en la diversidad y alimentando el odio al extranjero.

Pero, ¿cómo transmitir la dignidad de la derrota y arrancarla de su ominoso silencio?

Afirma A. Badiou.

“Si el verdugo es una abyección, la condición de víctima no vale mucho más: Lo propiamente humano en alguien destinado al matadero, es su resistencia, casi insensata y casi impensable, de que mediante un esfuerzo inaudito, se obstina en seguir siendo sí mismo y no se acomode al lugar asignado para la víctima.

El trabajo de subjetivación es la lucha entre el lugar asignado y el lugar asumido”

La víctima no piensa, sólo lame sus heridas en un quejido interminable. Sólo podrá pensar si se vuelve narrador de su experiencia. Y el narrador necesita del testigo que lo reconozca. Es lo que estamos haciendo hoy, en este acto.

El desafío – casi imposible – es hacer permeable la relación entre generaciones que pertenecen a códigos y universos diferentes y mutuamente inconmensurables.

Quien vivió el horror tiene que llevar a cabo el difícil camino de volver narrable su experiencia. Experiencia de sideración, que pulveriza su cuerpo y su alma, y que laboriosamente debe ser traducida en narración, porque el testimonio crudo es obscuro y espanta al receptor. Cuando la experiencia vivida puede ser traducida en relato, (es decir que supere la queja y el gemido), podemos confiar en que algo de la transmisión entre generaciones queda restablecida.

Yo creo que encuentros como el que llevamos a cabo trabajan en esa dirección y son por eso saludables.

Marcelo N. Viñar

Junio, 2006.-

Joaquín Núñez 2946

C.P. 11300

Telf: (5982) 711 7426

E-mail: maren@chasque.apc.org

Montevideo - Uruguay